



BOLETIN DE VETERINARIA.

PERIODICO OFICIAL.

DE LA SOCIEDAD VETERINARIA DE SOCORROS MUTUOS.

RESUMEN. *Vacante.*—Contestacion que, aunque lo aparenta, no debe tomarse como tal.—Inoculación de la fiebre tifoidea del hombre á los animales.—Es peor el remedio que la enfermedad.—Hernia pulmonal en una vaca.

Se suscribe en la librería de D. Angel Calleja, calle de Carretas; en la imprenta de este periódico, y casa del administrador D. Vicente Sanz Gonzalez, calle de las Huertas núm. 69, cuarto 3º, donde se harán los pedidos y reclamaciones.

ESCUELA SUPERIOR DE VETETINARIA.

Vacante.

Por Real orden de 2 del presente mes ha sido declarada vacante la plaza de agregado de la escuela veterinaria de Leon. Los profesores veterinarios de primera clase que deseen optar á ella, dirigirán sus solicitudes al Director de la Escuela superior, acompañadas de la relacion de méritos en el ejercicio de la facultad, antes del dia 30 de este mes, para proceder á la propuesta, conforme al artículo 10 del Real decreto de 15 de febrero de 1854.—Madrid 11 de agosto de 1854.—El Director, *Nicolás Casas.*



Contestacion que aunque lo aparenta, no debe tomarse como tal.

Si fueran autoridades en la ciencia, ó personas de algun valer, los entes singulares é insignificantes que solo por sistema se han tomado el trabajo de criticarnos; si tuvieran siquiera alguna representacion social que nos evitara el denigrarnos ante las personas sensatas, entrariamos en franca y desapasionada polémica, si es que sabian ó podian entablarla ó seguirla, puesto que para ello se requiere, en vez de tiquis miquis, conciencia, delicadeza, educacion científica y social, pundonor, gratitud y demas cualidades que debe tener toda persona que conoce y aprecia el derecho natural de gentes. Entonces manifestariamos los poderosos motivos de haber calificado con la denominacion de **LÓBADO** la palabra vulgar *Louvet*, *lovet* ó *lovat* (literalmente *lobito* ó *lobuno*); á pesar de que la conclusion del artículo traducido nos pone á salvo de lo infundado y caprichoso que, con tanta ligereza, necedad y torpeza, se ha permitido decir nuestro mas encarnizado éntulo y detractor, porque solo puede obedecer á sus instintos.

Aunque los franceses y belgas tienen la palabra vulgar *avant-coeur* para lo que los españoles llamamos lóbado, creemos esta preferible, bajo todos conceptos, á la de **TIFUS CARBUNCULAR** que repudian no solo la naturaleza del mal, sus causas, períodos y cuanto á la afección se refiere, sino hasta el idioma castizo, pues solo ha podido ocurrirsele á quien, ignorando lo que en veterinaria se califica como tifo, padezca tifomania y se aproveche de las erratas para seguir su mania.

No califica Burdoni á la veterinaria española del modo

que lo ha hecho (como aclara y comprueba en su rectificación ó segundo artículo), por lo que se quiere suponer, sino porque sabe que en España hay barberos, peluqueros, pretendientes de conserjerías, peones de albañilería, mozos de café, ayudas de cámara, ayos, escribientes, etc. etc. que no debieran serlo, si todos los hombres cumplieran con sus deberes.

Inoculación de la fiebre tifoidea del hombre á los animales.

El doctor Bourgnignon dirigió al director del *Diario de veterinaria de Lyon* (marzo de 1856) una carta criticando las experiencias de Rey y que incluimos en el número anterior. La carta dice así:

Señor: en este momento me entregan el número de vuestro periódico, en que se encuentra un artículo referente á la inoculación de la fiebre tifoidea del hombre á los animales. La he leído con el mayor interés, pues habeis correspondido á mi invitación de hacer experimentos para investigar el si es dable evitar la fiebre tifoidea, del mismo modo que se consigne con la viruela por la inoculación del virus varioloso ó del cowpox.

Las dos tentativas de inoculación hechas en la escuela veterinaria de Lyon son negativas en sus resultados; me ha sorprendido poco, pues las condiciones generales en que os habeis colocado, no son tal vez las mejores que pueden elegirse. Sabeis, como yo, que instituir una experiencia con método es muy difícil, y que con frecuencia el olvido de uno de los elementos de un problema imposibilita la solu-

cion.—Era preciso tener presente dos condiciones principales, segun mi manera de ver, en la inoculacion de la fiebre tifoidea: 1.^a inocular una materia virulenta dotada de *propiedades vitales y patológicas*, cual sucede cuando se toma de un ser vivo el virus varioloso: 2.^a inocular el contagio en un individuo en buen estado y vírgen de fiebre tifoidea anterior.

No habeis procedido así; habeis tomado el producto para inocular de un cadáver, de la mucosa ulcerada y de los gánglios sujetos ya á las leyes de la descomposicion orgánica. Habeis elegido como individuos para recibir lo que no puedo llamar virus especifico, un caballo muermoso y un perro con una pleuro-neumonía crónica y una endocarditis. Tal vez con intencion os habeis colocado en tales condiciones, porque habeis demostrado que la inoculacion de un producto morbífico, tomado del cadáver de un tifoideo no puede transmitir la dothineria.

Sin duda no aconsejariais á un médico, practicando la vacuna, tomara el virus de la viruela de un varioloso muerto en el último período de la enfermedad y 48 horas despues de la muerte, ó de una vaca con el cowpox en iguales condiciones, y elegir para ser inoculados hombres acometidos de una afeccion general, dialésica, ó de una enfermedad crónica, de fiebre, etc. etc. Le demostrariais sin trabajo que un virus posee virtualmente propiedades físicas, vitales y patológicas, que todas tienen su parte de accion en el trabajo profiláctico que está destinado á producir; propiedades que conserva durante un tiempo dado fuera de los séres vivos, pero que carece de ellas si se recoje de un cadáver. Tambien le hariais entender fácilmente que un individuo enfermo y acometido de una enfermedad tan general como el muermo, en la que la sangre y los fluidos

están de hecho alterados, sería poco adecuado para dejar al virus inoculado su libertad de acción, y á los síntomas patognomónicos y secundarios su manifestación espontánea.

Vuestras dos experiencias pecarían por la base, si tendieran á probar que la fiebre tifoidea no se puede inocular. Debiera haber añadido á mi *Memoria sobre la inoculación de las enfermedades no espuestas á recidivas y de la fiebre tifoidea en particular* algunas reflexiones sobre el método que conviene seguir en la experimentación; mis ocupaciones me lo impidieron, y aunque ahora me sucede lo mismo, diré sin embargo alguna cosa.

No me he hecho ilusión respecto á la acogida que tendría mi memoria con relación al estado de nuestros conocimientos en patología comparada. Para el mayor número ha sido un juego de imaginación; para algunos una hipótesis arriesgada y tal vez irrealizable, y para los menos un hecho importante digno de llamar la atención pública y que en lo sucesivo podrá acarrear inmensos beneficios. Entre estos últimos deben contarse los experimentadores concienzudos. Hubiera obrado mejor si yo mismo hubiera demostrado la ley que he formulado, respecto á la necesidad de no inocular las enfermedades no sujetas á recidivas; si he vertido la idea á la publicidad, ha sido con el objeto de, que si era útil para el interés general, escitar á los trabajos de buena fé.

Sea lo que quiera, me parece que todo experimentador que quisiese investigar si la inoculación de la fiebre tifoidea es posible, deberá ante todo dejar á un lado al hombre; en efecto, el virus inoculable que es preciso tomar de las pústulas intestinales no podría hacerse en el hombre: sino después de su muerte, y en estas condiciones no sería un virus el que se inocularía, sino un producto morbífico en putre-

faccion, infestante, como lo ha demostrado el estado de las heridas del caballo y del perro que habeis inoculado. La sangre, la linfa de un tifoideo, en cierto período de la enfermedad, tal vez dotadas de propiedades inoculables; pero lo que para mi es indubitable consiste en que las pústulas intestinales, al 8.º ó 10.º dia de la erupcion, contienen propiedades profilácticas deseables. El hombre, lo repito, no pudiendo facilitarnos el contagio en las condiciones rigurosas de una buena observacion, valdria mas provisionalmente que no interviniera en la experimentacion, como objeto para facilitar ó recibir el virus.

Los animales, al contrario, que forman la base de nuestra alimentacion, y cuya vida podemos sacrificar con objeto de conservar la nuestra, y en los que podemos tomar, en un momento dado, el virus con todas las cualidades deseables, deben facilitar y recibir la materia inoculable, y una vez comprobada en ellos la eficacia de la inoculacion, debiera hacerse la aplicacion al hombre.

Reducida la cuestion de este modo á sus mas simples términos, se pregunta si los animales tienen la fiebre tifoidea realmente idéntica á la nuestra. No puedo ventilar aqui esta cuestion con la debida estension, me contento con afirmarla. Los animales, y sobre todo los que hemos sometido á la domesticidad, experimentan, como nosotros, los influjos del clima, de la alimentacion, de la patogenia que producen las afecciones tóxicas generales; mueren del cólera y de epidemias que atacan á la vez á ellos y á nosotros. Tal vez seria factible, sometiendo á un análisis todas las observaciones publicadas, demostrar que muchas especies tienen la fiebre tifoidea; bastará que se llame una vez la atencion pública sobre este asunto para que bien pronto prueben numerosos hechos la realidad de lo que anticipo. La

publicacion que acaba de hacer Bécquerel de muchos casos de fiebre tifoidea en las liebres, lo comprobaria en caso necesario.

Una vez admitida en los animales la fiebre tifoidea lo que veis que para las liebres no es en rigor cuestionable, seria necesario en el principio del mal, en un periodo que coincidiera con el desarrollo completo de las pústulas, sacrificar al animal ó inocular la serosidad tomada en las pústulas intestinales á un animal de la misma especie. La eleccion del sitio en que debe hacerse la inoculacion tiene tambien sin duda su importancia: no debe olvidarse que la fiebre tifoidea difiere de la liebre variolosa por la localizacion esclusiva de la erupcion de la mucosa intestinal, y que seria preciso practicar la inoculacion, tal vez, á la entrada de las aberturas bucal y rectal. No será imposible observar una epizootia de fiebre tifoidea atacando en una localidad á una especie animal, cual acaba de suceder en un parque en las cercanias de París, donde las liebres mueren de esta afeccion. En estas condiciones se podria emprender fácilmente una experimentacion rigurosa.

He dicho lo suficiente para hacer comprender como considero las dos observaciones negativa de la inoculacion, publicadas como muy importantes respecto á la intencion con que se han hecho, pero como comprobativas con respecto á las consecuencias generales que pueden deducirse.

Sabeis, como yo, el grande interés que hay para la preservacion de la fiebre tifoidea, por hacer diariamente esta enfermedad numerosas victimas; y confio en que continuareis vuestros trabajos de inoculacion, y si fuesen, cual espero, dotariais á la ciencia médica del mayor progreso en los tiempos modernos.

Hacedme el favor de publicar esta carta en vuestro

apreciable periódico. La cuestion ademas se recomienda por sí misma por el interés que á todos ofrece.

Disponed, etc.—*Bourgingnon*.—Paris 4 de marzo de 1856.

REFLEXIONES DEL VETERINARIO REY. Al referir las experiencias que hemos hecho para ensayar la inoculacion de la fiebre tifoidea en los animales, empleando productos tomados del hombre que habia sucumbido á este mal, solo hemos querido consignar los hechos que podrán algun dia servir para ilustrar las cuestiones nuevas que están en litigio.—Acojemos con aprecio las observaciones del doctor *Bourgingnon*, que hace tiempo se dedica con el mayor celo y criterio, á las investigaciones referentes á la patologia comparada. Mas no podemos pasar en silencio lo poco probable que nos parece el buen resultado de estos ensayos relativamente á la fiebre tifoidea.

En las experiencias que hemos referido era imposible inocular una materia vital y patológica, pues ha sido tomada del cadáver; sin embargo, se pudiera esperar algunos resultados de esta inoculacion. Hemos comprobado que han sido nulos; este hecho debia consignarse, tanto mas cuanto no está demostrado que siempre sea así cuando se inocular un virus tomado de un cadáver. Seria lo mismo con el virus muermoso y lamparónico.

Cuando se hacen ensayos en los animales no siempre se reunen los elementos que se desean; no siempre es dable disponer de caballos completamente sanos, y los experimentadores no podrian soportar los gastos que semejantes trabajos exigirian. No ha sido con intencion el haber elegido un caballo muermoso para probar, por ejemplo, que la inoculacion de un producto morbífico tomado del cadáver de un tifoideo no puede, en estas condiciones, transmitir la

dothineria. Hemos utilizado este caballo; porque el muermo no nos parecia deber preservarle de contraer la fiebre tifoidea. Se creería que el muermo puede preservar al caballo de todas las demas enfermedades contagiosas que se intentara producirle por la inoculacion? De hecho que no: la trasmision de la rabia ha comprobado muchas veces lo contrario.

Es cierto, como con razon lo observa el doctor Bourgnignon, que no aconsejariamos á un médico para practicar la vacuna tomar el virus de un varioloso muerto en el último período de la enfermedad y 48 horas despues de su muerte. Sin embargo, no será dable obrar de otro modo si se quiere tomar de los animales una materia adecuada para inocular al hombre la fiebre tifoidea, á no ser que se sacrifiquen en cierto período de esta afeccion, lo cual seria muy oneroso.

Para obtener buenos resultados de estas inoculaciones tifoideas, hay que estudiar primero, si los animales, y el caballo entre otros, pueden ser acometidos de afecciones de este género: nuestras observaciones nos inclinan hasta el día á admitir lo contrario. Hace algun tiempo que se ha abusado mucho de la palabra contagio, aplicando esta expresion á todas las flegmasias en que hay alteracion de la sangre. Mas si uno se limita á la verdadera fiebre tifoidea, su existencia en los animales es para nosotros todavia un problema. Esta opinion se funda en el exámen microscópico de los caballos que han muerto en las enfermerías de la escuela de Lyon desde unos quince años acá, y entre los que dos á tres á lo sumo han presentado en el intestino lesiones con alguna analogía con las que se observan en el hombre que muere de la dothineria.

Las observaciones recientes establecerían lo contrario.

para las demas especies, para la liebre por ejemplo, lo que estamos muy distantes de admitir: sin embargo, supongamos que sea asi; no sería aqui donde hubiera que buscar los materiales para inocular. Es preciso tomarlos de los animales domésticos de que podamos disponer: esto en el caballo es imposible. Diremos lo mismo para el perro, á quien nunca le hemos visto afectado de esta enfermedad. Luego, si estos elementos no existen jamás en las enfermerías de una escuela veterinaria, á dónde se ha de ir á buscarlos?

A pesar de estas observaciones, no consideramos aun como resuelta la cuestion, y continuaremos nuevos ensayos, sin tener el desco de que se desgracien ó fracasen. Comprendemos todo el interés que se refiere á la preservacion de la fiebre tifoidea, y opinamos como Bourgnignon el que conviene escitar é invitar sobre este asunto las investigaciones de los esperimentadores. En un principio no se podrá encontrar inmediatamente el camino que conduzca á la verdad; pero mas pronto ó mas tarde puede descubrirse el que la investigue y darle tambien inmensos servicios á la humanidad.

Dos objetos hemos llevado al incluir lo anteriormente espuesto: el primero poner al alcance de nuestros lectores cuanto sobre esta cuestion se ha dicho, prometiéndoles hacerlo tambien de cuanto se diga á fin de mantenerlos al corriente sobre tan interesante y trascendental cuestion: el segundo para que sepan ciertas y determinadas personas como se entablan y sostienen cuestiones científicas, sin necesidad de recurrir al insulto, única salvaguardia natural é innata que conocen, y que les hace cantar victoria, suponiendo han

vencido, por no denigrarse los que debieran contestar haciéndolo. Los insultos nunca serán razones, solo demuestran lo que son los que los vierten.

REMITIDO.

Es peor el remedio que la enfermedad.

(Conclusion.)

Por asquerosa y repugnante que sea esta reseña, tiene al menos el mérito de ser la expresión fiel de lo que está pasando y creo pasará por algún tiempo á lo general de la clase, incluso los Sres. albéitares, á quienes adolezco mas que á mi, porque muchos están siendo malos oficiales, y todo pende del número escudante é incalculable de la pobreza y mezquindad que reina en los pueblos, pues para un pan moreno que nos dan somos tantos aspirantes menesterosos que para alcanzarlo hollamos todos nuestros dichos, toda delicadeza y moral; no sirve amistad ni parentesco, todo desaparece ante esta cuestión de interés para tanto necesitado. ¿Y será posible creer que el medio mas oportuno para poner coto á tamaño y profundo mal, sea el poner en ejecución la peregrina idea de los que no saben lo que pasa, de ascender á los Sres. albéitares á la clase de veterinarios? Yo prescindo de lo mucho que se lastima á los que tanto sacrificio les ha costado, tanto personal como pecuniario para llegar á ser de esa clase privilegiada solo *in nómine tenus*. Yo prescindo del disgusto

general y profundo que hemos de sentir con semejante miscelanea, pues aunque verdaderamente exista, al menos entre nosotros mismos hay gran diferencia, aunque sea ideal; y cuidado Sres. que yo aprecio á los albéitares como á hermanos de infortunios, y no hablo por la repugnancia que me inspiren, todo lo doy de barato, hagánles veterinarios de 1.^a clase. ¿Se han disminuido las circunstancias que nos vejan? se les ha hecho diferentes por solo mudarlos el nombre? se ha disminuido el número de profesores que estamos demás, que es el gérmen del mal? No, y no. ¿Pues qué tenemos? Los mismos frailes en diferentes alforjas. ¿Se conseguirá remediarlo marcando á cada clase de profesores el punto que han de ocupar en nuestra península, como dice mi digno comprofesor y compañero en el *Eco* Sr. Castro?

No; pues es irrealizable, puesto que ni hay derecho para arrancar y trasplantar á nadie de su verdadera casa, haciéndole dejar sus mas preciosos intereses de clientela, como tampoco es posible privar á nadie de la libertad en elegir el sitio que mas cuadre á sus miras é intereses. Pues si todo esto es inútil, sepárese desde hoy mismo, como tambien se quiere, el ejercicio del herrado de la profesion, y autorizen á nuevas personas para su ejecucion. Que creen estos Sres. que asi piensan, que ya por su buena posicion, ya por creer fácil introducir mejoras que nos proporcionen un pasar decente, de lo que me alegraría como el que mas, ya por la repugnancia que les inspira, tanto por ser un trabajo bastante corporal como por no saber hacerlo, y de aqui la ferrofobia. Yo repugno como el que mas el herrado, pero francamente, y ¿tiene alguien la culpa de esta desgracia? No, porque si algo se paga aunque mezquinamente es precisamente el herrado; es el mas preciso realmente y á la vista del pueblo, pues se ven obligados por solo él á buscarlos.

continuamente, cuando por la visita ocurre rara vez y sin provecho; es lo que los obliga á sujetarse en las tiendas; pero todo lo doy por de ningun valor: ya tenemos nuevos herradores. ¿Sabeis lo que habeis conseguido? Pues nada, nada, porque si no podemos comer con las dos cosas reunidas, menos lo conseguiremos ahora con la visita, por que el creer otra cosa es no saber lo que pasa en los pueblos. ¿Y creis que el que le vaya bien con su tienda la va á dejar por mas que se mande otra cosa? ¡Quiá, quiá! ¿Y los que se avengan con solo la visita, qué alcanzarán? El tormento de esperar que se les llame, que lo lograrán cuando venga el Mesías, porque habeis de saber ilusos, que los nuevos herradores sin mas aspiracion ni porvenir que herrar se echarán el cesto á las espaldas y de casa en ita no pararán ¿y creeis que se contentan con esto? pues una vez que están en las casas metidos y sopretesto de las herraduras serán otros tantos curanderos, que serán otros tantos y peores profesores imposibles de gustar, como veo con los barberos, que sopretesto de la barba, visitan tanto como los cirujanos por un pedazo de pan, causándoles males sin cuento ¿Y luego que hemos conseguido con tanta mejora? La ruina completa de la clase, porque si entre profesores no nos podemos entender, porque estamos muchos demás, agréguese otras nuevas personas á la clase, que por necesidad han de ser mas inmorales y rateros, y la consecuencia será lógica, ya lo he dicho.

Yo amo como el que mas á toda clase de profesores, porque somos generalmente desgraciados, y puesto que el daño está hecho es preciso no volver mas á la cuenta, mejórese nuestra posicion y sea del modo que se quiera, deslíndense las atribuciones de cada uno, cesando el estado ambiguo que tenemos, pues quedando cada uno en el pun-

lo que le corresponda, sabiendo cada uno lo que es suyo cesarán las cuestiones; proveáanse ciertos puestos en profesores á quienes corresponda, creéanse otros si es posible, como o es, y de este modo, dando ocupacion á quien no la tenga dejará de incomodar á los demas, difíciltese el ingreso en los colegios poniéndoles mil restricciones. Háganse todos con este objeto si parece de 1.^a clase, pues de este modo es seguro, que dando ocupacion á quien no la tiene, y evitando en lo que sea posible el que salgan otros nuevos, han de cesar nuestras discordias, porque estarán atendidas nuestras necesidades, y de este modo nos haremos valer y respetar, obligando á que se nos tengan todas las consideraciones á que con justicia somos acreedores y honor y eterna bendicion y recuerdo á quien mas parte tomare en esta gloriosa conquista!

Si Vds. gustan dar cabida en el *Boletín* á esta manifestacion escrita con el mejor deseo y mas sanas intenciones, conseguiré al menos hacer ver á mis compañeros y compañeros que no he muerto aun para la clase, aunque estoy en el mayor silencio, quedándoos profundamente agradecido el mas humilde de vuestros discípulos que B. V. M.—
Vicente de la Fuente, veterinario de 1.^a clase, titular é individuo de la Junta de Sanidad de Villarrobledo, hoy 30 de julio de 1856.

Hernia pulmonal en una vaca.

La observacion que incluimos se debe al veterinario Papin, y Prangé dió cuenta de ella á la Sociedad central de medicina veterinaria de París en su sesion del mes de marzo de 1856. Hé aqui como la refiere:

«Esta res tenía á 6 centímetros (3 traveses de dedo) detrás del codo un tumor del tamaño de un huevo grueso de gallina; al volver del pasto se la notó que tenía un agujero en este sitio; al día siguiente tenía un tumor. La vaca había disfrutado siempre de perfecta salud y daba mucha leche; despues del accidente, sobrevino tos, la res se quejaba algunas veces, comia muy poco, y casi al momento de haber comido se la abultaba el vientre.

«Despues de examinado el tumor con la mayor atención, que estaba duro y muy dolorido al tacto, Papin sospechó la existencia de una hernia pulmonal. La auscultación del pecho permitió comprobar que todas las partes del pulmon estaban permeables, menos la próxima al tumor, en el interior del cual se percibia un débil ruido crepitante. La res estaba muy flaca; la piel reseca, el pelo deslustrado y aborquillado; habia irregularidad en los movimientos respiratorios; la respiracion sobre todo era muy corta; la tos frecuente, pero poco intensa; el pulso débil, la marcha vacilante; los cuernos y las orejas alternativamente calientes y frias. La secrecion de la leche suprimida.

«El tratamiento consistió en fomentos y cataplasmas emolientes y en unturas con el unguento de populeon.

«A los doce dias estaba la res mucho mejor: el tumor se puso indolente, encerraba un liquido en medio del cual se notaba una porcion sólida. Un lancetazo dado en el centro de este tumor, dió salida á un liquido agrisado sanguinolento, y algunos copos del mismo color que exhalaban

el olor particular de la gangrena del pulmon: en el liquido no habia burbujas de aire. Ensanchada la abertura de la piel, encontró Papin un cuerpo esponjoso del tamaño de un huevo de gallina, adherido por un pedúnculo delgado que cedió á una traccion ligera; habiéndole desprendido reconoció ser una porcion del pulmon: tenia un color ligeramente pizarroso, despedia un olor repugnante y pesaba 6 1/2 gramos (cerca de 2 dracmas). En el interior de este cuerpo se encontraban porciones sin desorganizar y otras en estado de hepatizacion gris. La abertura por donde se verificó la hernia estaba completamente obliterada.

«Algun tiempo despues la res fué vendida en perfecto estado de salud.»

Esta observacion se refiere, como se ha visto, á un hecho interesante. Apesar de las lagunas que presenta la relacion, y que cualquiera puede conocer con la mayor facilidad, hemos creido instructivo ponerla en conocimiento de nuestros lectores.

MADRID.

Imprenta de T. FORTANET, Libertad 29.

1856.